

—No te irás sola—repuso Clara acordándose de que su amiga estaba enferma.

—Estoy acostumbrada.

—Señorita, yo le acompañaré—dijo Pablo dirigiéndose hacia la puerta.

—Por mí, no se tome usted ese trabajo—dijo Camila.

—¡Sí, sí Pablo, acompáñala!—exclamó Clara.

Mientras que la joven se ponía el sombrero, la señora Brécart dijo al oído de su esposo:

—Está muy enferma, su madre murió joven y le ocurre lo mismo que á ella... Hazle hablar, confíesala; hay que salvarla.

Acompañó á su esposo hasta la puerta, y segundos después Camila y el ingeniero bajaban la escalera.

Al quedarse sola, Clara volvió al lado de su hijo que dormía con profundo sueño. Le miró algunos instantes silenciosa, casi triste, y una lágrima brotó de sus ojos rodando sobre la cuna.

—Pobre niño—se dijo—¡si te quedases huérfano como ella! ¡Ah, hijo querido, que no sepas nunca lo qué es crecer sin madre!

Una segunda lágrima siguió á la primera, yendo á caer sobre la cerrada manecica del niño, que se despertó exclamando:

—¡Mamá!

—Duerme, angel mío—repuso Clara con dulzura—mamá está á tu lado.

El niño volvió á dormirse y Clara cesó de llorar.

VIII

Pablo había ofrecido su brazo á Camila y juntos caminaban á lo largo del muelle; la alegría del domingo casi había cesado, y París dormía en espera de que la salida de los teatros la volviese á despertar. Sorprendido por lo que su esposa le dijo; emocionado por un interés repentino, tal vez más vivo por ver aquella hermosa joven amenazada por próxima muerte, no sabía qué decirle; las preguntas se detenían en sus labios. Un acceso de tos le dió la ocasión que buscaba.

—Usted está gravemente enferma—dijo con dulzura.

—¡Qué importa!—repuso Camila acelerando el paso.

Se detuvo apretándole el brazo, obligándole á marchar con más lentitud.

—Importa mucho; usted es joven, la vida empieza ahora, es necesario conservarla.

—¡Para lo que vale!—repuso Camila sonriendo con amargura.

—La vida es una cosa buena, y'es preciso quererla para que ella nos quiera—replicó Pablo con la convicción del hombre á quien la suerte le es favorable.

—Eso no siempre suele resultar verdad—dijo Camila.

Había en esta contestación tanta amargura, tanta

cólera reprimida, y tanto pesar oculto, que Pablo no supo qué responder. Sin embargo, Clara había encargado que sondease á Camila, y el interés de su esposa despertaba también el suyo en unión de la curiosidad.

—¿Tiene usted por qué quejarse de la suerte?—preguntó.

—¡Yo! ¡Ah! no! ¡nunca! ¿Puede haber en el mundo una criatura más feliz que yo? Y además, señor Pablo, esto ¿qué le puede interesar á usted?

—Pero, señorita, el interés que nosotros tenemos...

—Créame, señor Pablo, no se inquiete usted por esto —le interrumpió la joven— usted tiene otros cuidados, su posición, sus deberes, su mujer, su hijo... eso es lo que le debe inquietar; yo no soy nada para usted, más que una simple relación social, ni alegre, ni brillante, ni siquiera útil; reserve usted su interés para los que son dignos de él; mi vida no puede interesarle.

La contestación de Camila ponía á Pablo en un aprieto. ¿Tendría qué decirle que sentía interés por ella ó bien frases más expresivas y calurosas?

—Mi esposa y yo la estimamos mucho; para nosotros es usted una antigua amiga y no la hemos olvidado.

Camila movió la cabeza. Aquel *nosotros* la molestaba, y, sin embargo se había jurado no decir nada, morir antes que hablar de su amor.

—Dejemos eso, hablemos de usted—dijo.

Pero esto no era del agrado de Pablo, que quería conocer el significado de aquellas reticencias, de las palabras vehementes cortadas de pronto, y como pesarosa de haberlas pronunciado.

—¿Ha visto usted á algún médico?—dijo el ingeniero.

—Sí

—¿Qué dice?

—Nada que le pueda interesar á usted. Los que son felices en este mundo, ven las cosas de distinta manera que los desheredados.

Una idea luminosa cruzó por el cerebro de Brécart.

—Usted será feliz cuando quiera; estoy seguro que Mirmont...

—¡Yo no me casaré nunca con Mirmont!—repuso Camila con los labios temblorosos, y deteniéndose de repente—añadió: ¡Jamás! ¿lo oye usted, señor Brécart? ¡Jamás!

—¿Por qué?—preguntó Pablo con alguna turbación.

—¿Por qué? ¡Los hombres siempre quieren saber, por qué!—respondió Camila con amargo desdén y continuando la marcha.

—A mí me parece que es muy rico, amable... que ama á usted es indudable...

—¿Por qué? ¿por qué?—repetía Camila caminando tan aprisa que Pablo no pudo contenerla.—¿Quiere usted saber el por qué? Diga, ¿lo quiere saber?

—Sí—repuso Pablo cada vez más turbado.

Camila se detuvo, mirándole de frente; sus ojos brillaban como carbones encendidos; su pálido semblante, contraído por la angustia, era de una belleza casi sobrehumana, y bajo sus entreabiertos labios sus dientes brillaban como ópalos.

—Porque amo á otro—respondió con voz entrecortada.—Porque amo á otro hasta la muerte y moriré

amándole, á otro que no me ama, y que no puede amar-me...

Pablo sintió que una mano invisible le oprimía el corazón; tenía miedo de lo que acababa de oír.

—¿Usted no me pregunta por qué no me puede amar? ¡Hace usted bien! Vamos, señor Pablo, esta confidencia le ha quitado á usted el deseo de arrancarme otras. ¡Me parece que yo no hago lo mismo que las demás! ¿No es así? Le veo á usted bastante preocupado. ¡Una joven que confiesa á un hombre que ama á alguien y que este alguien no le ama!... ¡Esto trastorna todas las ideas de usted! ¡Debe ser cosa de interrogarme de nuevo! ¡Quién sabe! ¡Si usted me preguntase el nombre del que amo, tal vez no se lo pudiera decir! ¿Usted no me lo preguntará?

Hablaba con tanta cólera, odio y desprecio hacia la sociedad, que Pablo se sintió triste.

—Señorita, yo no he de preguntarle nada que usted no me pueda decir—repuso Pablo con gravedad;—siento que mis preguntas hayan podido ser indiscretas y le prometo no repetir las.

Camila continuó caminando, pero su valor había decaído, parecía estar dominada por indecible lasitud y Pablo tuvo que sostenerla, pues más de una vez parecía que iba á caerse. Al llegar ante la puerta de su casa, llamó.

—Yo le prohibo hablar de esto á Clara—dijo,—se lo prohibo, puesto que usted no tiene derecho para hacerlo.

Antes que el ingeniero hubiese respondido, entró la joven volviendo á cerrar la puerta; Pablo se quedó per-

plejo. ¿Debía obedecer la prohibición hecha por Camila; llamarle á su esposa lo ocurrido? Durante el regreso lo fué meditando, y al entrar en su casa aun no había podido hallar una contestación satisfactoria.

—¿Y bien?—le preguntó Clara al verle.

—Es una mujer muy extraña, tiene ideas muy extravagantes; creo que su alma está más enferma que el cuerpo.

—Si se decidiera á casarse con Mirmont, creo que se salvaría. ¿Y tú?—dijo Clara con acento de convicción.

—No le ama—repuso Brécart evasivamente.

Su mujer no le preguntó nada más. Un poco más de confianza por parte de Pablo, alguna curiosidad más por la suya, hubiesen podido llevarlos al terreno de las explicaciones, pero no fué así.

Camila volvió al día siguiente. Su costumbre de juzgarse y de estar contenta de sí misma, le había hecho aprobar por entero su extraña confidencia del domingo.

—Nunca podrá pensar que es él el hombre á quien amo—se decía;—he extraviado sus sospechas, en el caso de que pudiese tenerlas.

Volvió á visitarle completamente cambiada; alegre, casi gozosa; era de noche y por la noche Pablo la acompañaba á su casa.

Ya no le hizo más confidencias; pero, poco á poco, se iba acercando á él, interesándole en los acontecimientos de su vida; haciendo que la amistad fuese cada vez mayor, llegó á hacerse, no más amiga de Clara, á la que miraba con desdeñosa indiferencia, sino de su esposo.